

# Radicalismo / Protestantismo



El radicalismo revolucionario moderno es teológico y filosófico en su esencia. Dicho de otro modo, el radicalismo revolucionario moderno es metafísico en su esencia: pretende y persigue la transformación, no de un aspecto de la realidad, como por ejemplo, el económico o el político, sino de la Realidad misma en su conjunto y totalidad. De lo que se trata, pues, es del cambio o transformación absoluta del Orden del Ser. Esta pretensión, que identifica a la visión Moderna o Revolucionaria del Hombre, la Historia y la Realidad, rompe la comprensión del Ser común a la Filosofía, el Mito y la Revelación, y con ella, la unidad metafísica e histórica de la humanidad. Esta ruptura del Orden del Ser es, en sí misma, la Revolución.

Ahora bien, qué razones hay para afirmar la posibilidad de semejante cambio y transformación? ¿En qué se funda esa pretensión? ¿Cuáles son, en otros términos, las fuentes históricas y filosóficas de este prometeísmo revolucionario, que tanto el liberalismo como el socialismo, le ofrecen como Paradigma a la humanidad? Dos son las fuentes principales del radicalismo revolucionario moderno: una es la Reforma Protestante iniciada por Lutero en el siglo XVI; la otra, que surgió en gran parte como reacción a ésta, es el Racionalismo y Naturalismo filosófico formulado por Descartes en el siglo XVII.

Empecemos por Lutero y la Reforma. La comprensión del cristianismo y la salvación elaborada por

---

## FRANCISCO RIVERO

Profesor de la Universidad  
Metropolitana.

Departamento de Humanidades.

Luterano es vista por él como una interpretación más de la doctrina cristiana. Lutero rompe con la Iglesia, el Magisterio y la Tradición al mantener que su versión del cristianismo y la salvación es la única verdadera y auténtica interpretación. Esto significó el rechazo, no sólo de la vida, doctrina y autoridad de la Iglesia, sino de más de mil años de historia, cultura y civilización determinados por ella.

Esta posición dramática, esta ruptura absoluta, es el resultado de la comprensión Luterana del mal, el pecado y la salvación. Todo gira, para Lutero, en torno a la interpretación del mal y de su raíz: el pecado de Adán y Eva relatado en el libro del Génesis. La lógica de su interpretación determinará el desarrollo, no solo del radicalismo Protestante, sino también, dada la enorme influencia que éste ejerció en Europa y Norte América, la del radicalismo racionalista, profano, agnóstico y ateo.

Antes de entrar en la cuestión de la comprensión luterana del Orden de la Realidad cabría preguntarse cómo es posible que una interpretación de la Fe y la Revelación tan anti intelectualista y anti filosófica como la de Lutero, haya podido determinar el curso de un radicalismo revolucionario como el Moderno, tan marcadamente profano, racionalista, agnóstico y ateo? La respuesta a esta pregunta es que toda teología supone e implica una metafísica. Es en razón de su metafísica, es en razón de la comprensión del Orden del Ser implícita en su teología, que las posiciones religiosas y teológicas de Lutero determinarán al nuevo Orden profano y revolucionario propuesto por la Modernidad.

## II

La Reforma Protestante iniciada por Lutero fue la primera revolución moderna. Lo que distingue a las revoluciones modernas es su finalidad Ontológica, su carácter Apocalíptico, su afán por transformar absoluta y definitivamente, no un aspecto o una parte de la realidad, sino a la Realidad en su esencia y su totalidad. Ahora bien, aunque el término reforma sugiere una transformación limitada, o un cambio relativo, la Reforma Protestante, tanto por su intención, como por la lógica de sus principios, fue una absoluta y auténtica revolución, tanto así que podría decirse que ella es la madre de la Revolución moderna.

Toda la interpretación luterana de la Fe, toda la teología luterana, gira en torno a la famosa cuestión de la justificación o salvación del Hombre del mal que el pecado de Adán y Eva introdujo en la entraña de la Humanidad. Según Lutero, el pecado de Adán y Eva

pervirtió de modo total, esencial y absoluto al hombre y su libertad. La perversión resultante fue de tal magnitud, que desde entonces toda obra humana, el hombre mismo, la naturaleza, la historia y el mundo en su integridad, son concebidos como esencial y constitutivamente malos, y por lo tanto, como enemigos de Dios y adversarios de su Bondad.

Dada esta comprensión del daño infligido al Hombre y a la Creación por el mal, o por el pecado, no hay ni puede haber amistad ni comunidad alguna entre Dios y la Humanidad. El Hombre y la Naturaleza, pervertidos absolutamente por el pecado de Adán, se oponen a Dios, que es el Bien absoluto, absolutamente. Dicho de otro modo, dada la perversión absoluta en que el pecado ha sumido al Hombre y al orden Histórico y Natural, Dios, fuente preeminente de virtud y bien es convertido por esta visión o interpretación luterana del mal, o del pecado, en juez y enemigo del Hombre y de la Creación. Este maniqueísmo esencial, esta visión conflictiva y dualista del Ser y la Realidad, es la que legitima, justifica y funda el proyecto Revolucionario que define a la Modernidad.

## III

Las raíces de la revolución moderna son teológicas. La tesis de Lutero, de que el pecado de Adán y Eva pervirtió absolutamente a la naturaleza humana al vaciarla, junto al resto de la Creación, de toda virtud y bien, condujo a la división del Ser en dos ámbitos irreconciliables: un ámbito absoluto de Bien, el de Dios y la gracia, y un ámbito absoluto de Mal, el del Hombre y la Naturaleza. Estos dos ámbitos, el de la gracia y el de la naturaleza, se enfrentan y oponen absolutamente.

Esa división del Ser define el marco teológico y metafísico que condujo a Lutero, entre otras cosas, a abdicar de todo esfuerzo por sustraerse del mal; a negarle eficacia y valor esencial a toda facultad, obra y esfuerzo del hombre en orden al bien; a ver a la vida e historia humana como un ámbito de ineludible e insostenible angustia, desesperación, ansiedad y pecado; a rechazar el valor del legado cultural de la humanidad, ya concebir a la razón como sin razón, a la libertad como esclavitud, al bien como mal, a la vida intelectual y contemplativa como inútil, a los sacramentos y a la vida sacramental como imposibles y estériles, y al Catolicismo tradicional como falsedad y engaño. Dicho en otros términos, la condición humana es irreformable, sólo una revolución en el orden ontológico y moral, sólo un acontecimiento apoca-

líptico que acabe con esta división en el Orden del Ser, sólo una recreación literal del Hombre y el Orden Natural, puede liberarnos. Dicho en otros términos, no se puede ni se debe, sin mentira y sin engaño, esperar nada del hombre en su estado Natural.

Este estado de conciencia es el resultado de la verdadera Fe descubierta por Lutero durante una meditación de la Carta de san Pablo a los Romanos. Este descubrimiento liberador, resumido en su exultante afirmación de que la sola Fe salva, lo condujo igualmente a la redefinición absoluta de la tradición cristiana; al rechazo del magisterio y autoridad de la Iglesia; a la conversión del cristianismo en secta; a la sujeción de las nuevas iglesias reformadas al Poder Secular; a la subjetivización, privatización y consiguiente relativización o liberación radical de la Fe y la Conciencia, a la división de la cristiandad, y a la eventual y prácticamente inevitable secularización de Europa gracias a casi cien años de guerras de religión.

Sólo esta nueva Fe revela la verdad de la condición humana. Sólo ella es, por eso, norma, luz, verdad y camino. Sólo ella libera. Sólo ella redime y salva. Fuera de esta nueva Fe no hay bien, verdad, justicia, ni salvación. Los que a ella se acogen son, literalmente, la sal de la tierra, la luz del mundo, los profetas y heraldos del Juicio Final, la Redención y la promesa y advenimiento del Hombre Nuevo y la Libertad.

La traducción de esta visión religiosa a términos puramente racionales, profanos e inmanentes, llevada a cabo por el racionalismo filosófico, define la esencia del radicalismo revolucionario moderno: sea en su forma liberal, sea en su forma socialista.

#### IV

La especulación luterana en torno al Pecado Original y la cuestión del origen y la naturaleza del mal, es una de las fuentes principales del radicalismo revolucionario moderno. Según Lutero, el pecado de Adán no solo destruyó la bondad esencial del Hombre: destruyó el Orden Divino de la Creación. El orden del Ser, o de la Naturaleza, o de la Creación, fundado en Dios, fue convertido por el pecado en el Imperio del Mal y el Reino de Satanás.

Dicho en otros términos, el pecado, concebido como mal absoluto, convirtió al Ser en No Ser, a la Vida en Muerte, al Bien en Mal, a la Luz en Tinieblas, al Orden en Caos, a la Razón en Sin Razón, a la Verdad en Mentira, a la Paz en Guerra, al Amor en Odio, y viceversa. Esta perversa y demencial dialéctica constituye la ley de la Realidad desde el pecado de Adán.

Un mundo semejante es obviamente infernal. Por eso no puede ser salvado, sólo puede, y debe, ser juzgado, condenado y destruido. Cristo es su condena, su destrucción y su juicio. Cristo, a su vez, es el Nuevo Adán, el Hombre Nuevo, la presencia y promesa y certeza de la Nueva Creación. Ahora bien, entre Cristo y el Mal, entre Cristo y Satanás, entre Cristo y el Mundo después del pecado, no hay, ni puede haber, mediación alguna. La Redención no es, ni puede ser, por eso, reconciliación, perdón y gracia. La Redención solo puede ser oposición, violencia, aniquilación y guerra, y ello absolutamente, es decir, hasta el fin de los tiempos, hasta que Dios en su Poder decida destruir este Mundo viciado y crear un Mundo Nuevo, Perfecto y Definitivo.

Hasta ese día, ¿que puede esperar el Hombre, ya que ni la bondad, ni la santidad, ni el amor, ni la caridad lo salvan, ni lo pueden salvar, ya que no existen, ni pueden existir, porque el pecado lo ha destruido y lo ha despojado de todo vestigio de humanidad? Sólo en Dios puede esperar: sólo la Fe lo puede salvar. Ahora bien, en los términos planteados por Lutero, Dios no me salva ni me puede salvar en razón de su Bondad o Amor, ya que no hay nada que amar o apreciar en mí. Me salva en razón de su Voluntad y Poder. Esto quiere decir, que si me salva, lo hace en razón de Sí, no en razón de mí. Yo, por decirlo así, no cuento. El es el amo, yo, y junto conmigo la Creación entera, no soy sino el esclavo. Paradójicamente, la sola Fe que predica Lutero me libera de la autoridad de la Iglesia, me libera de su jerarquía y gobierno, pero me libera también de mi naturaleza humana, y con ella, de todo esfuerzo moral, y esto, lejos de salvarme, en realidad me anula.

Este maniqueísmo, que convierte a Cristo y al Evangelio en fuente de guerra, odio, conflictividad y violencia; que contraponen, de modo absoluto, a Dios y el Mundo, a Dios y al Hombre, y el Hombre al Hombre, haciendo imposible toda comunidad entre ellos, a no ser en términos de la negación o aniquilación absoluta de uno o del otro, conducirá, entre otras cosas, al ateísmo y al totalitarismo contemporáneos. Este es uno de los dramas de la sola FE de Lutero. Hay otros.

#### V

Justo y Pecador a la vez. Así caracterizó Lutero la condición del Cristiano. Justo en virtud de la Fe, Pecador en virtud de la naturaleza Humana, el Cristiano, ya través de ella Vida y la Iglesia Cristiana, son la encarnación del Bien absoluto y del Mal absoluto

a la vez. Esta contradicción y tensión es la que hace inevitable, que en la vida cristiana estén asociados, el amor y la amistad con la enemistad y el odio; el perdón y la misericordia, con el desprecio y la humillación; la fraternidad y la comunión, con la confrontación y la violencia; la reconciliación y el encuentro, con la desconfianza y la sospecha.

Qué condujo a semejante contradicción? Qué determinó esta comprensión aberrante de Cristo, el Evangelio y la Fe? La determinó la convicción luterana de que el pecado de Adán no hirió, sino que pervertió absolutamente al Hombre y a la Creación. Cuando esto sucede, cuando el mal se absolutiza, cuando se afirma que el mal se ha apoderado irremisiblemente de todo, el otro, el prójimo, mi hermano, es mi enemigo siempre. De ahí que todos estemos bajo sospecha siempre, que sea imposible la paz, que no haya, ni pueda haber, verdadero amor, amistad, comunidad o sociedad entre hombre y hombre mientras este mundo dure, que la inocencia no exista, que seamos culpables todos, que la Vida sea una condena, que el Mundo sea una prisión.

De aquí deriva, el radical aislamiento y la absoluta soledad del hombre, su total encerramiento y ensimismamiento, su absoluto egoísmo e individualismo, su esencial furia, resentimiento, peligrosidad y violencia, su absoluta carencia de libertad, y con ella,

la imposibilidad de toda verdad, virtud y moralidad en su querer y su actuar. Este absoluto y radical nihilismo resulta de la absolutización del pecado con ineludible necesidad.

En un contexto semejante, la búsqueda y la lucha absoluta por el poder es, literalmente, una fatalidad. Ella es la que determina la dura necesidad que funda la justicia del totalitarismo, la virtud del terror y la inquisición y la bondad de la violencia y la delación. Dicho de otro modo, cuando el Ser y la Realidad son concebidos como división y violencia, el bien y la verdad exigen y conducen, inevitablemente, a la guerra total, o lo que es lo mismo, a la identificación dramática del reino del terror con el reino de la virtud y viceversa. Esta lógica demencial es la que, en sede religiosa, transformó al Dios del Evangelio en Opressor y Verdugo, al Cristiano en Terrorista e Inquisidor, desató las guerras de religión en Europa y fundamentó el totalitarismo y terror de Calvino en Ginebra. Esta misma lógica es la que ha justificado, en sede profana, el terror de la Revolución Francesa, el totalitarismo fascista y comunista, la visión bolivariana y chavista de la Cuba revolucionaria y totalitaria de Castro como mar de la felicidad, y la visión nihilista, relativista y atea del occidente liberal, consumista y moderno, como paradigma universal de Democracia, Progreso y Humanidad.